





TELMAH,

LA TRAGEDIA DEL DESAJUSTE



André Carretoni

TELMAH,  
LA TRAGEDIA DEL DESAJUSTE



Primera edición: junio de 2025

© Comunicación y publicaciones Caudal, S. L.

© André Carretoni

ISBN: 979-13-87814-60-1

ISBN digital: 979-13-87814-61-8

Depósito legal: M-14579-2025

Editorial Adarve

c/ Luis Vives, 9

28002 Madrid

[info@editorial-adarve.com](mailto:info@editorial-adarve.com)

[www.editorial-adarve.com](http://www.editorial-adarve.com)

Impreso en España

*Este libro está dedicado a Jannick y Tiziano Carretoni*



*Reviver a vida, rever a amada, seres matam seres, a dama a  
rever, a diva reviver.<sup>1</sup>*

---

<sup>1</sup> Revive la vida, vuelve a ver a tu amada, seres matan seres, la dama para volver a ver, la diva para revivir.



## Reina Gertrudis<sup>2</sup>

Donde hallaréis un sauce  
que crece a las orillas de ese arroyo,  
repetiendo en las ondas cristalinas la imagen de sus hojas  
pálidas.

Allí se encaminó, ridículamente coronada de ranúnculos,  
ortigas, margaritas y luengas flores purpúreas,  
que entre los sencillos labradores se reconocen bajo una  
denominación grosera,  
y las modestas doncellas llaman, dedos de muerto.

Llegada que fue, se quitó la guirnalda,  
y queriendo subir a suspenderla de los pendientes ramos;  
se troncha un vástago envidioso, y caen al torrente fatal,  
ella y todos sus adornos rústicos.

Las ropas huecas y extendidas la llevaron un rato sobre  
las aguas,

semejante a una sirena, y en tanto iba cantando pedazos  
de tonadas antiguas,

como ignorante de su desgracia,

o como criada y nacida en aquel elemento.

---

<sup>2</sup> Traducido por Inarco Celenio.

Pero no era posible que así durarse por mucho espacio.  
Las vestiduras, pesadas ya con el agua que absorbían la  
arrebataron a la infeliz;  
interrumpiendo su canto dulcísimo, la muerte, llena de  
angustias.

*Hamlet*, Acto IV, Escena VII, por William Shakespeare.

Nota:

*La primera parte de este libro es una carta que Hélio Parfia me envió desde Madrid, en el primer semestre de 2004. En aquel momento, yo vivía en Portugal.*



# Prólogo

## Enrique V

*Querido amigo,*

*No tendré tiempo para releer lo que estoy a punto de escribir, y para que comprendas mis motivos, olvidaré, por unos momentos, lo que sé hoy.*

*Un grito por la musa del fuego, para que se eleve hacia el cielo más radiante de la imaginación: un país por libro, mujeres y hombres por páginas y un rey para contemplar esta escena dramática. En el papel de Hélio, yo mismo, con todas mis virtudes e indecisiones y mis innumerables defectos.*

*Pero perdona a este espíritu áspero, pragmático, que se atreve a escribir con una tinta indigna sobre un sujeto tan grande. ¿Una página en blanco puede contener las calles de Madrid? ¿Dónde podemos albergar los turbantes fanáticos que siembran el terror en los trenes madrileños? ¡Oh! Perdóname: ya que un número completamente redondo puede, colocado en fila, formar parte de un millón, déjame, cifra para esta gran cuenta, trabajar en la fuerza de tu imaginación. Supón que dentro de esta celulosa comprimida está*

*ahora confinada una grandiosa monarquía, cuyas fronteras se han vuelto imaginarias y cuyos ciudadanos han llegado a convivir con sus propios enemigos. Desprecia mis imperfecciones con tus pensamientos: divide un sustantivo en mil adjetivos y crea una imaginaria potencia. Piensa, al leer la palabra «coches», que los ves, imprimiendo sus orgullosas llantas en el asfalto que los sostiene. Porque es a tus pensamientos a los que les corresponde equipar nuestro reino, llevarme de aquí para allá, saltar en el tiempo y transfigurar la realización de varios días en algunas horas de reloj de arena. Como ayuda, admítame como un paréntesis para esta narración, y, como prólogo, pido tu humilde paciencia, amabilidad al leerme y bondad al juzgarme.*

# Capítulo 1

## *El resto era silencio*

*¿Tú serías capaz de amar a un ser humano que no conocieras? ¿De amarlo tanto que estarías dispuesto a arriesgar tu vida por él? Pues un día alguien me amó así, alguien me valoró con tal altruismo, lo que me brindó la oportunidad de conocerla.*

*Me gustaría escribir aquí solo una novela. Sin embargo, para que mis acciones y causas no permanezcan ignoradas detrás de mí, te pido que te apartes de tu felicidad por algunos momentos.*

*Llegué a Madrid el 24 de marzo de 2004, hace 13 días, dos semanas después del atentado...*

La ciudad estaba en un pandemonio, y todas las calles giraban en torno a ese 11 de marzo, cuando, en menos de cinco minutos, cuatro bombas explotaron en un tren que estaba a punto de llegar a la Estación de Atocha; tres, en otro que acababa de llegar; dos, en uno que permanecía detenido en la Estación El Pozo del Tío Raimundo; una,

en otro que se preparaba para salir de la Estación Santa Eugenia. 190 muertos y más de 1800 heridos. Inicialmente, las autoridades habían informado de 202 muertos, pero pruebas de ADN revelaron que algunos restos pertenecían al mismo cadáver<sup>3</sup>.

Segundos eternizados por una cámara de vídeo y una llamada telefónica. Dos trenes, un andén. Encierro diferente. Humo, personas saliendo de los vagones, personas subiendo por las escaleras, un destello, otro destello, más humo. Terrible imaginar lo que habríamos visto, escuchado y sentido si hubiéramos estado allí: desconocidos nos empujan, un sonido caliente nos alcanza, gritos, y el cuerpo deja de existir, sin tiempo para lamentos, sin más compromisos.

No había escuchado sonar mi despertador, y el RER<sup>4</sup> que tomé en la Estación Les Halles estuvo 15 minutos parado en la Gare du Nord, pero, finalmente, me despedí de París y puse los pies en Barajas. Llegué bajo la lluvia.

Subí a un taxi en frente del aeropuerto, le pedí que me llevara a la Plaza de Callao y entré en el Hotel Continental, donde ya me había hospedado una vez. Era la tercera vez que regresaba a Madrid, y mi pasión por la cultura española me había llevado a aprender castellano.

Situado en la Gran Vía, el Hotel Continental tenía las dos cualidades que más buscaba en un hotel cuando viajaba al extranjero: una buena ubicación y un precio razonable.

—Buenos días —dijo el recepcionista.

---

<sup>3</sup> El número de muertes relacionadas con el 11-M seguiría aumentando a 192.

<sup>4</sup> Red de Expresos Regionales de la Isla de Francia. La red se integra con el metro de París. – Fuente: Wikipedia.

—Buenos días. Mi nombre es Hélio Parfia y tengo una reserva. —Dejé mi mochila en el suelo, levanté un poco la camiseta y revolví el contenido de mi cinturón de dinero—. Aquí está la confirmación.

—Señor Hélio Parfia. —Tomó la hoja que le extendí y abrió su libro de reservas—. 12 noches, ¿es correcto?

—Exacto.

—¿Podría proporcionarme un documento, por favor? Entregué mi pasaporte, y lo hojeó hasta encontrar mi foto.

—¿Hace mucho que trabajas aquí? —le pregunté—. Me alojé aquí en 2002.

—No. Yo no trabajo aquí. Mi padre es el gerente del hotel y tuvo que salir.

—¿Podrías hablar un poco más despacio, por favor?

*Repite lo que había dicho, despacio. Algunos españoles hablan a tres mil kilómetros por hora, y yo aún calentaba motores.*

—Listo. Habitación 129. —Colocó la llave y el pasaporte sobre el mostrador—. Está al final del pasillo a la derecha.

Era un establecimiento sin desayunos, lo cual no era un problema para mí. Formaba parte de esas personas que preferían tomar cada desayuno en una terraza diferente. Aunque a veces me arrepentía debido al servicio o a la calidad del café. Solo cuando quería asegurarme de ser bien atendido o impresionar a alguien, buscaba una terraza conocida.

La habitación estaba ordenada. Sin embargo, encima de la cama, se acumulaban algunas prendas, lo cual, obviamente, me sorprendió. A la izquierda, al lado del armario, una bolsa y un par de zapatillas.

*En el baño, además del champú y los jabones del hotel, encontré pasta de dientes, desodorante y un cepillo de dientes.*

Me acerqué a la mesita de noche, donde encontré una lista de números útiles y llamé a recepción. Ocupado. Intenté una vez más y coloqué el auricular en el gancho.

O el cliente anterior había olvidado sus cosas y volvería a recuperarlas, poco probable, o regresaría de su paseo por Madrid y le dirían que le dieron su habitación por error a otra persona.

«Désolé»<sup>5</sup>.

Que el hotel encontrara justificaciones.

Entonces, puse todo lo que no debería estar allí en esa bolsa y la dejé junto al armario, con la intención de entregarla más tarde al gerente.

No esperaba recibir ninguna recompensa por ello.

Finalmente, encendí el televisor, abrí la mochila en la cama y saqué la ropa. Había jurado que lo primero que haría en Madrid sería donar sangre, pero solo después de afeitarme y tomar la ducha que no tuve tiempo de tomar en París.

*Doy sangre desde los dieciocho años, tengo una tarjeta que me identifica como donante de órganos y estoy registrado*

---

5 Lo siento.

*en la ABM<sup>6</sup> francesa como donante de médula ósea. Estas acciones y predisposiciones no me hacen sentir una persona única, pero la posibilidad de poder ayudar a un desconocido y mejorar la vida de alguien hace que me sienta bien.*

*La probabilidad de encontrar dos personas compatibles para un trasplante de médula ósea es baja, mis órganos no me harán falta después de mi muerte clínica y, científicamente hablando, puedo donar sangre hasta cuatro veces al año, pero ahí están los primeros pasos del filántropo que espero ser algún día.*

Debajo de la ducha, me actualicé con las últimas noticias: el partido socialista volvió al poder el pasado 14 de marzo. Como el antiguo gobierno persistió en culpar al grupo ETA por el atentado, a pesar de que Arnaldo Otegi, líder de la ilegal Batasuna y a quien siempre habían escuchado, había dicho lo contrario, y de que la policía encontró un detonador y un mensaje en árabe dentro de una furgoneta abandonada en Alcalá de Henares, los españoles se sintieron manipulados y votaron a la oposición.

---

<sup>6</sup> Agencia de Biomedicina.

*La cinta de vídeo que el grupo Al-Qaeda, una organización fundamentalista islámica internacional, dejó cerca de la mezquita de Madrid horas antes de la apertura de las urnas, afirmando que la masacre fue una represalia por la intervención militar en Iraq y Afganistán, solo sirvió para dar nombre a los energúmenos.*

Y una de las primeras acciones de José Luis Rodríguez Zapatero como nuevo primer ministro de España fue ordenar la retirada de las tropas españolas de los territorios iraquíes y afganos.

El grupo vasco, no satisfecho con haber negado cualquier participación en la elaboración del atentado, incluso lo había condenado; en Casablanca, la Gendarmería Real de Marruecos había descubierto a un hombre con numerosos mapas de la Estación de Atocha; y las autoridades españolas detuvieron a otros cuatro individuos, elevando a 14 el número de detenidos por presunta participación en la matanza.

Salí del baño, me detuve frente al televisor y vi nuevas imágenes relacionadas con las explosiones. En ellas, otro sospechoso estaría alertando a un taquillero sobre el atentado pocos segundos antes de la primera detonación.

*La policía seguía buscándolo.*

Todavía de pie, escuché el segundo movimiento del *Concierto de Aranjuez*. Jóvenes sonriendo, familias lloran-

do, ambulancias yendo y viniendo, y fotos de hijos e hijas saludando. Un futuro que había quedado atrás y un pasado que no dejaría de estar presente.

Cuánta barbarie. La misma globalización que había borrado fronteras también expuso los circuitos más frágiles de ciertas naciones, avivando, en todos, una antigua controversia: o volveríamos a cerrar las puertas a los nobles de espíritu, o seguiríamos abriéndolas de par en par a los fanáticos y extremistas; dos familias, un odio.

Cuando volvieron los anuncios, apagué la televisión. A pesar de ello, seguía siendo perseguido por fantasmas. Había soñado con mi padre. Vestido con ropa polvorienta, con un rostro grave, ojeras y los hombros encorvados, su espectro me había dicho:

—El infierno sería un paraíso si estuvieras a mi lado.

Había sido una persona difícil, y tuvimos una relación bastante complicada, pero aun así, lo extrañaba. Solía pensar que su mente tenía tantos personajes como el cuadro *El Entierro del Conde de Orgaz*, del pintor El Greco, hasta que un día me di cuenta: la mía también.

Cogí un lápiz y papel que estaban sobre el tocador, leí perpendicularmente una nota que había sido dejada para alguien, de una fragilidad tal, y escribí la frase de mi padre en el reverso del papel. Pensé en usarla más tarde en un libro.

Me vestí, apagué las luces, salí de la habitación y cerré la puerta. Recorrí una vez más el pasillo de curiosidades, rompí la elipsis narrativa con una patada imaginaria y reconocí al gerente del hotel. Estaba al teléfono.

«Mierda», pensé.

Había olvidado la bolsa en la habitación, pero como no sentí la menor gana de volver a buscarla, decidí que la entregaría más tarde. Llevé, entonces, la llave conmigo.

La lluvia no se había detenido. Glóbulos, plaquetas y anticuerpos circulaban; virus se escondían.

Subí el cuello de la chaqueta, salí del edificio, salté algunas charcas y llegué a un cruce peatonal sin prestar atención a la multitud. Saqué mi celular para leer un mensaje; esquivé uno o dos paraguas, choqué con un cochecito de bebé y comencé a cruzar la avenida para tomar un autobús.

*Después de las explosiones, miles de donantes habían acudido y colapsado los centros de recolección de sangre, pero el gobierno seguía alentando las donaciones y muchas personas aún se ofrecían como una oportunidad más para las víctimas, un subterfugio que los políticos encontraron para calmar los ánimos. Aun consciente de esta artimaña, yo también participaría en la corriente. Dos semanas nos separaban ya del atentado y sabía que esos bancos, tarde o temprano, necesitarían nuevas donaciones.*

Miré al cielo e hice una predicción. Analicé la fachada del edificio frente a mí, di algunos pasos más y vi al Rey Ricardo con dos musas de piedra, listas para entonar canciones. Miré hacia el otro lado de la calle, me sorprendí con algunos gestos y gritos, y diversos idiomas también resonaron detrás de mí.

*Una desgracia siempre avanza sobre los tacones de otra.*

Un claxon continuo y el sonido de un frenazo iluminaron el espacio, y, antes de que pudiera reaccionar al grito de látex, sentí dos manos en mi espalda que me hicieron flotar en el tiempo.

Cuando la luz regresó, escuché más gritos y sentí otras manos que me ayudaron a sentarme y me impidieron levantarme.

—¡No fue mi culpa! —repetía un español.

—¿Alguien ya llamó a una ambulancia? —gritó una estadounidense.

Quise decir que estaba bien, pero mis cuerdas vocales no me obedecieron.

Puse la mano en la frente, sentí algo pegajoso y vi que mis dedos, sucios y arañados, se volvieron rojos.

Inhalé con fuerza, escudriñé el bosque de piernas que se había materializado y traté de desenredar el embrollo: la acera, la lluvia, el bordillo y una bufanda amarilla atrapada en una de las ruedas de una furgoneta, un estandarte que había sido levantado en la cima de una montaña para mostrarme la única cosa que podía hacer a partir de ese momento: descender.

*¿Cómo alguien pudo amarme así?*

*¿Cómo alguien pudo amarme con tanto altruismo?*

Noté un cuerpo debajo de la furgoneta y a decenas de personas que lo estaban velando, sin grandes pomposidades, sin mucho que decir.

Me desmayé.

\*\*\*

Abrí los ojos y giré la cabeza. Estaba tumbado en la camilla de un hospital. Una ambulancia había llegado y un bombero me dijo que tenía que ser llevado por ellos para que me examinaran.

Me habían hecho una tomografía computarizada de la cabeza y puesto un vendaje en la frente.

—Fue un golpe bastante fuerte —dijo alguien.

Busqué la procedencia de la voz.

—¡Vamos! —Apareció un médico en mi campo de visión. —Apóyese en mí —le había pedido a una enfermera que me tumbara y terminé por dormirme.

Toqué mi cinturón de dinero.

—¿Cómo se siente? —me preguntó.

—¿La persona que me empujó?

—¿La conocía?

—No.

—Lamentablemente, falleció.

*La muerte, ese cruel sargento.*

—Algunos testigos dijeron que una furgoneta iba a atropellarte, pero una joven, inconsciente de su propia desgracia, corrió hacia ti y os libró del mismo peligro que nos privó de su presencia. Todavía logró sacaros a ambos del peligro, pero una bufanda que llevaba alrededor del cuello se enganchó en una de las ruedas de la furgoneta y la arrastró por la dureza del pavimento.

—¡Mierda! —Cerré los ojos y recordé lo que había conjeturado antes de desmayarme, que había destruido el futuro de alguien.

—Ánimo.

—¿Ya se informó a sus familiares? Necesito hablar con ellos.

—Los paramédicos no la trajeron aquí. La llevaron a la sala de emergencias de un hospital más cercano al lugar donde estaban ustedes.

—¿Y cómo sabe que ella falleció?

—Un colega acaba de decírmelo.

Cerré los ojos y sacudí la cabeza.

—¿Es usted brasileño? —me preguntó.

—Sí.

—Tengo un amigo de São Paulo, así que estoy acostumbrado a su pronunciación. ¿Vive en Madrid?

—No. Estoy solo de paso.

—¿Y a qué se dedica?

—Escribo.

—¡Escribe! Hay mucho que escribir sobre Madrid en estos días. Sé que no somos los primeros ni seremos los últimos esclavos del destino, pero nunca entenderé por qué tanta estupidez.

Miró hacia el suelo, hizo un gesto de repulsión y se dirigió a su mesa. Calculé que el cráneo iluminado en el negatoscopio era el mío.

—Voy a entregar su ficha a la enfermera y proceder con el alta médica. No hay motivo para ingresarlo. ¿Tiene a alguien que pueda venir a buscarlo?

—No, pero estoy bien.  
—¿Está seguro?  
—Sí.  
—Entonces descanse un poco más hasta que vuelva.  
—¡Doctor!  
—¿Sí?  
—¿Podría darme el nombre del hospital al que la llevaron, por favor?  
—Déjelo en mis manos. —Forzó una sonrisa.  
—Gracias.  
—No hay de qué.

*A veces, queremos ayudar al mundo y no nos damos cuenta de la persona que más necesita ayuda.*

Nunca más podría reírme de una cicatriz.

\*\*\*

Una vez fuera del hospital, comí un sándwich y entré en el metro. La línea tres me llevaría directamente al hotel.

—Buenas noches —me dijo el recepcionista nocturno cuando entré.

—Buenas noches.

—¡Señor Parfial!

—¿Sí?

—Olvidó dejar su llave.

*¿Qué decir?*

De vuelta en la habitación, metí la mano en el bolsillo y saqué mi celular y un trozo de papel. Conocía esa dirección. Casualmente, era adonde iba antes del atropello y donde habían llevado a muchas víctimas del atentado.

Hospital General Universitario Gregorio Marañón  
C/ Doctor Esquerdo, 46  
28007 Madrid

Buscaría información solo al día siguiente. La noche volvía a caer y, en ese momento, lo que más necesitaba era descansar y acumular coraje, ya que no sería fácil enfrentar a las personas que la conocían.

Revisé mi celular una vez más y lo aparté. Se había roto al caer.

